

el efecto que produjo en los soldados, tal la manera como se fortaleció la disciplina.

¿Y respecto del país?

La prueba más convincente del efecto que produjo en el país la incomparable conducta del ejército, la ha dado el pueblo siciliano á fines del año 67, y la ha repetido hace poco tiempo dando con ello al ejército y á Italia el testimonio más elocuente que pudiera desearse.—Nos referimos al admirable resultado de la leva.—Sí, aquel pueblo lleno de ardimiento, de fuego y de entusiasmo sólo puede producir bravos soldados.

¿Y en cuánto al soldado, qué premio obtuvo?

Una noche después de la lista nocturna, el sargento les leyó la orden del día dictada por el coronel, en la cual se leían estas palabras:—¡Has cumplido con tu deber!

UNA MEDALLA

Y siempre he de estar viendo aquel semblante reconcentrado y aquella torva mirada. — Así discurría, cierto día un capitán, después de haber pasado la revista á su compañía. — Quisiera saber por qué. ¿Qué le hecho yo, para que así me mire?

Al expresarse en tales términos se refería á un soldado de los Abruzos que durante la revista le había estado mirando de través.

Hombres hay de carácter retraído, altanero, rudo, en los cuales el amor propio reviste un aspecto tan vivo y sombrío, que en la sonrisa más insignificante ven una burla, un insulto en la palabra más inocente, en toda persona un enemigo. La verdad es que siendo en el fondo su índole buena y afectuosa, parecen y se les juzga soberbios y hasta malvados. Concentrados en sí mismos por la desconfianza ingénita que los hombres les inspiran, no sienten afecto alguno espontáneo; no son nunca los primeros en abrir su corazón; pero en el instante mismo en que comprenden que han logrado inspirar un afecto corresponden á él con toda su alma, con toda la efusión de su pecho, tanto más intensa cuanto que sólo raras veces la conceden. Si les da por la aversión y el tedio son tenaces y obstinados hasta lo inverosímil; pero no es que sientan

odio aun cuando así se lo figuren: un apretón de manos, una franca sonrisa son bastantes para que desarruguen el ceño, y se desvanezca por completo una antipatía que juzgaban invencible y un odio que creían había de ser eterno.

A este número pertenecía el soldado de los Abruzos que miraba con torva faz á su capitán.

El día que llegó al regimiento, vistiendo como los demás reclutas su traje de campesino ó de obrero, en cuanto se incorporó á la compañía, miróle el capitán de pies á cabeza, diciéndole en voz baja al subteniente: — Mire usted qué cara tiene éste de pocos amigos, — después de lo cual se sonrió. Aquella sonrisa no le había pasado inadvertida al soldado.

Conducido al almacén, enfundóse como Dios le dió á entender en el primer capote que hubo á mano, y como al pasar le viera el capitán con aquella facha que parecía un saco, con las mangas que le salían un palmo por encima de la mano, y los faldones que le bajaban más que las rodillas, echóse á reír, y le dijo:

— Pareces un costal de paja.

Nublóse su semblante, y lanzó al capitán una mirada de través, que parecía una puñalada.

En otra ocasión, hallándose en el campo de maniobras, en el cual se aleccionaba á los reclutas en el modo de marchar, para lo cual se les hacía salir de la fila uno á uno, marcando el paso á son de tambor, moviendo pausadamente y durante buena pieza, ora la pierna derecha, ora la izquierda, largas, fijas, rígidas, como figuras de resorte, como títeres ó polichinelas, llegado su turno á nuestro soldado, confundióse y se avergonzó hasta tal punto, que no lograba dar dos pasos seguidos sin vacilar y hacer tantos y tan grotescos ademanes, que sus compañeros no podían menos que reírse. Llegó el capitán, reprendióle, y si antes iba mal, después fué peor; por todo lo cual, convencido de que era inútil cuanto hiciera, marchóse diciéndole:

— Eres el más zopenco de toda la compañía.

Hallábanse muy cerca contemplándole una porción de niñeras, que al verle se echaron á reír estrepitosamente, con lo cual el soldado se puso encarnado hasta la punta de los cabellos y volvió á la fila rechinando los dientes como un can enfurecido.

De esta suerte fué echando raíces en su corazón el pensamiento de que su capitán le miraba con inquina, y le reprendía sin ton ni son, y le ponía en ridículo siempre y cuando se le antojaba sin otro propósito que acabar con su paciencia y obligarle á cometer un disparate que le perdiera. Y sin embargo, se equivocaba de medio á medio. El capitán era una bonísima persona, no tenía contra él prevención alguna, amaba á sus soldados, era incapaz de guardar en su pecho un sentimiento de aversión ciega é injusta y odiaba por naturaleza y por carácter todo cuanto se parecía á tiranía ó insidiosa persecución. Lo que había era que no había llegado á comprender la índole de aquel soldado. Viéndole siempre desconfiado y hosco, habíalo creído de carácter terco, indócil, brutal, y se había propuesto domarle; pero por lo mismo que no había logrado comprenderle, no empleaba los medios á ello conducentes. Con la persuasión y el afecto podía lograrse; con la fuerza y la reprensión era completamente inútil.

Un día nuestro soldado se hallaba hablando con una muchacha en una esquina, pasó el capitán y él no le vió. Presumió aquél que había fingido no verle para ahorrarse el saludo, y en presencia de la muchacha y de otra gente que allí estaba le echó una reprimenda nada floja. Avergonzóse el soldado hasta tal punto, que en cuanto se fué el capitán, largóse también él bonitamente, y jamás volvió á parecer por aquellos alrededores. No hay para qué decir que con ello creció en su pecho la animadversión que sentía contra su jefe: este sentimiento trocóse en odio; pero odio profundo y tenaz que roía incesantemente sus entrañas, que robaba la

tranquilidad á su corazón, que envenenaba su existencia. Por más que hacía no lograba disimularlo. Reprendía el capitán á un soldado, y él tosía ó arrastraba los pies, y si aquél volvía la vista hacia donde estaba, levantaba inmediatamente la cabeza como si estuviera mirando las musarañas. En marcha, si un soldado ofrecía afectuoso la bota al capitán que tenía sed, él sonreía con ademán burlón, y en cuanto se hallaba á solas con el soldado bienhechor, decíale al oído: —¡Animal!— Cuando el capitán le reprendía fingía no comprenderle, abriendo los ojos como un insensato, y moviendo la cabeza adelante y atrás, ó entornándolos dejaba brillar un rayo de maligna sonrisa, torciendo la boca y sacando el labio inferior. Y como de costumbre torva la mirada y el rostro concentrado.

Cierta tarde, en tanto se hacía el ejercicio en el campo de maniobras, un comandante reprendió en alta voz al capitán: dirigió éste una rápida mirada á sus subordinados y vió que aquél se estaba riendo.

—¡Grandísimo canalla!— dijo entonces.

Y, ciego de ira, acercándose al soldado, le puso las manos en la cara.

El soldado palideció, y volviéndose al que tenía al lado le dijo fríamente:

—Temprano ó tarde,—y añadió en voz baja otras palabras...—como soy del Abruzo...

En cuanto regresó al cuartel, y hallándose ya al lado de su cama, tiró la mochila y la fiambreira contra la pared. Apareció de pronto el capitán, que le vió, y diciendo:

—¡Sargento, póngalo usted á la prevención!— desapareció.

El soldado, rugiendo, cogió la sábana con los dientes y se dió de puñadas en la cabeza. Tres ó cuatro de sus compañeros se le echaron encima, y cogiéndole y sujetándole le dijeron:

—¿Qué haces? ¿Qué tienes? ¿Te vuelves loco?

Volvió entonces en sí, serenóse y dijo en voz baja acompañando las palabras con una risa siniestra:

—Sí... me vuelvo loco, un día veréis lo que los locos son capaces de hacer.

En el valle de Tronto existe un paso por demás angosto, en el cual las montañas que lo cierran elévanse por ambos lados á grandísima altura, y rompiéndose de cuando en cuando dan lugar á la formación de vallecillos, barrancos y despeñaderos profundos y tenebrosos, cuyas faldas pedregosas se adelantan hasta la misma margen del río. El valle, en aquellos sitios, ofrece un aspecto triste y repulsivo. Entre el agua y la base de las pendientes el terreno está sembrado de cascajo, pedruscos y cantos enormes, desprendidos y precipitados al fondo desde la cumbre de las montañas, y desde el pie hasta la cumbre un laberinto de cuevas, de precipicios, de bosques frondosos y de maleza impenetrable. Algún sendero trepa hasta la cumbre á fuerza de vueltas y revueltas, y se pierde en medio de las peñas y de la maleza; alguna miserable vivienda se descubre acá y acullá, semiescondida entre las sinuosidades del monte; algunas reducidas porciones de terreno cubierto de verdura denuncian la mano del hombre. Fuera de esto sólo se ve una naturaleza virgen, áspera, salvaje.

Era una tarde de otoño, y lloviznaba. Una patrulla de un número reducido de soldados, marchando á la deshilada, atravesaba aquella región del valle, subiendo, bajando, culebreando, atemperándose á los accidentes del suelo, y sorteando los obstáculos de que se hallaba sembrado el angosto sendero, que en el dilatado transcurso de muchos años había logrado trazar el débil pie del viandante.

Uno de los soldados precedía al grupo á unos cuarenta pasos, y otro marchaba á retaguardia á la misma distancia.

Andaban todos lentamente, mirando al suelo y con el fusil debajo del brazo, y sin pronunciar palabra.

De pronto, el soldado que iba á la vanguardia percibió un débil rumor de pasos, y levantando la cabeza vió que detrás de un peñasco asomaban tres cabezas y brillaban tres fusiles, y vislumbró tres relámpagos, y sintió que le arrebatában de la cabeza el kepis y que á diestra é izquierda silbaban dos balas. Inmediatamente lanzáronse encima los tres bandidos: disparó su fusil, y uno de ellos, soltando una blasfemia, cayó tendido á sus pies. Arrojóse inmediatamente encima de otro, de un culatazo tremendo le derribó la carabina con que le apuntaba, y, dando vuelta al arma, en un abrir y cerrar de ojos metióle la bayoneta en las entrañas. En cuanto al tercero, que se hallaba á su espalda, echósele encima sin darle lugar á revolversse: con una mano le coge el fusil, impidiéndole que pueda valerse de él, blande en la otra agudo puñal, el soldado suelta el arma, agarra con la siniestra la mano armada del bandido, le rodea la garganta con el brazo derecho, se ciñe á él como una culebra, le muerde rabiosamente, le arranca una oreja. El asesino exhala de lo más hondo del pecho un grito horrendo, y comienza una lucha espantosa. Ambos trabajan para derribarse: aquel á quien falte uno de los pies, puede darse por perdido; en un abrir y cerrar de ojos queda el suelo surcado de profundas huellas; las piedras, heridas por las violentas patadas, salen rodando por la abrupta pendiente; los dos contendientes se abrazan, se sueltan, se vuelven á juntar con rapidez vertiginosa que el ojo no puede seguir: danse de puñetazos; se acribillan á mordiscos, á codazos, á rodillazos en el pecho y en el vientre, bufando, jadeando, lanzando gritos de rabia; sus ojos, horriblemente abiertos y encendidos, las bocas espumosas y sanguinolentas, al contraerse convulsamente dejan ver los dientes desgarradores: aquellos rostros nada tienen de común con la fisonomía humana. El soldado sujeta aún con

su férrea mano el brazo enemigo que empuña el puñal... De repente cae derribado al suelo el malhechor; échasele encima el soldado, agárrale estrechamente con ambas manos por la garganta, hinca en tierra con firmeza la rodilla derecha, y en tanto que el bandido le infiere una profunda herida en el brazo izquierdo, haciendo él un esfuerzo poderoso, le levanta la cabeza y con toda la energía de su cuerpo la hace chocar contra una de las piedras; aprovéchase del aturdimiento producido por el golpe, oprime con ambas manos y con todo el aliento de que puede disponer el puño del brazo armado; ábrese la mano cediendo al dolor, y apoderarse del puñal del asesino y hundírselo en el cuello fué obra de un solo instante. El tajante y agudo hierro penetróle hasta el fondo de la garganta; de la abierta fauce brotó un torrente de sangre confundida con un ronco resuello, que fué su última señal de vida.

—¡Bravo! ¡bravo! — gritaron llegando precipitadamente los demás soldados de la partida, que le rodearon y acosaron á preguntas, en tanto que él inmóvil, jadeante, con el rostro pálido y los ojos desmesuradamente abiertos y como atontado, contemplaba, ora al tendido malhechor, ora al puñal que estrechaba todavía con la diestra.

La partida había sido atacada al propio tiempo por una turba de facinerosos, que apelaron á la fuga en cuanto hubieron disparado sus carabinas, y los soldados les persiguieron durante un rato, hasta que les perdieron de vista en aquellos enmarañados andurriales.

El soldado herido curó perfectamente al cabo de pocos días. La vez primera que le vió el capitán después de su hazaña, al pasar la revista, fijó en él la mirada y le dijo:

—¡Bravo!

Inmediatamente le murmuró al oído uno de sus compañeros:

—¿Dices que te tiene ojeriza, y te ha llamado bravo?

—¡Por fuerza!—contestóle moviendo la cabeza y sonriendo.

Al cabo de tres meses el regimiento fué trasladado á Ascoli. Una semana había transcurrido desde su llegada á dicho punto, cuando el coronel dispuso que el día siguiente vistiera la tropa uniforme de gala para asistir á una solemnidad militar que debía tener efecto en la plaza principal de la ciudad. Tratábase de condecorar á un soldado con la medalla del mérito militar.

—¿Tan pronto?—pensó nuestro capitán en cuanto tuvo noticia de la orden del coronel.

Y en consecuencia, hizo llamar al sargento primero, á quien preguntó apresuradamente:

—¿Se ha enterado usted de la orden? ¿Ha hecho usted lo que le dije?

—Sí, mi capitán: hace tres días.

—¡Está bien! Venga, pues, papel, pluma y tintero: quiero estar bien seguro.

Sentáronse delante de la mesa, y el sargento, tomando un pliego de papel, comenzó á trazar líneas y puntos, que representaban caminos y casas, hablando entretanto en voz baja y continuando de cuando en cuando la conversación á fin de explicar el asunto con más claridad.

Al cabo de un rato levantáronse ambos, y el capitán, despidiéndose, dijo:

—¿Conque la tercera casa á la derecha, segunda puerta?

—Tercera casa, segunda puerta.

—¿Está usted seguro?

—Sí, mi capitán, no tiene pérdida.

No había transcurrido una hora, y el capitán marchaba montado por el camino que desde Ascoli conduce á Acquasanta, pequeña aldea existente á orillas del Tronto, á la mitad de distancia, según creo, ó poco menos, entre Ascoli y Arquata.

A la caída de la tarde llegaba á Acquasanta. Antes de entrar en la aldea desabrochóse la levita para ocultar el número que tenían los botones, y levantó la visera del kepis con el mismo propósito. Entró. Al oír las pisadas del caballo salieron á las puertas algunos de los habitantes de las primeras casas, en tanto que otros se asomaban á las ventanas y los chiquillos salían á la calle. El capitán miró indecisamente á uno y otro lado, y después se dirigió hacia una puerta, junto á la cual se veía un reducido grupo de mujeres que, en cuanto le vieron, se replegaron tímidamente á la pared, mirándole sorprendidas.

—¿Cuál de vosotras me da un vaso de agua, buenas mujeres?

—Yo,—contestó al punto una de ellas, que desapareció en seguida.

—Es ella,—pensó el capitán,—no puede ser otra.

Volvió la mujer al cabo de un momento con un vaso de agua y se lo ofreció al capitán. Miróla éste atentamente, y comenzó á beber á pequeños sorbos. Entretanto aquélla le examinaba de pies á cabeza, inclinaba la suya á derecha é izquierda, poníase de puntillas con el objeto de descubrir el número del regimiento, y se frotaba las manos, y se movía de un lado á otro sin tener un momento de sosiego, pudiendo deducirse de la viveza de sus miradas y de los rápidos movimientos de sus labios los sentimientos que la agitaban, y que consistían en una alegría tímida y ansiosa, y un deseo inquieto que no sabía disimular. El capitán la observaba atentamente.

—¿Hay alguna de vosotras que tenga hijos soldados?—preguntó devolviendo el vaso y fingiendo, como antes, la mayor indiferencia.

—Yo,—contestó resueltamente la que le había ofrecido el vaso.—¡Uno tengo!—dijo, señalando con el pulgar, é inmóvil como una estatua, permaneció en su sitio.